

exterior, pero no se ocupaba de policia. Durante la noche, la única encargada de velar por la seguridad pública en las calles, era la milicia burguesa de la *ronda*.

Esa guardia era demasiado insuficiente para tal fin. En esa época no había alumbrado en París. Á las ocho de la noche tocaba á cubre fuego la campana grande de Nuestra Señora. Las gentes honradas y tranquilas se metían en sus casas; pero al mismo tiempo salía á las calles otra población venida de no se sabe dónde, compuesta de ladrones de oficio, *truhanes*, *chulos*, *tomadores*, etc., que se echaban sobre las gentes retrasadas en las calles, despojándolas de cuantos objetos de valor les encontraban. Esos desórdenes subsistían aún en el siglo XVII, pues Boileau los pinta en su sátira sobre *los estorbos de París*.

La distancia era inmensa entre esa ciudad malsana, mal alumbrada, mal construída y la suntuosa y elegante capital de nuestros días. Sin embargo sus habitantes eran tan alegres y felices como pueden serlo los de ahora, llevando existencia más tranquila y disponiendo de más instantes de solaz. En vez de la vida tormentosa y agitada de hoy, que no deja á los habitantes de París ni un momento libre, pasaban largas y encantadoras veladas en el seno de la familia. Sus fiestas eran numerosas; las religiosas muchísimo más que ahora, y en ellas descansaban lo mismo que si hubiera sido domingo. Además, se contaban las solemnidades de la ciudad, las fiestas del soberano, las de los santos patronos de cada oficio y las personales. Todo el mundo celebraba el día del santo cuyo nombre llevaba, y así era que en las familias numerosas no faltaban las ocasiones de divertirse. Esas ceremonias eran ruidosas, yendo á menudo acompañadas por grandes demostraciones que tal vez hoy no nos gustasen, pero que constituían en aquella época fuente de variados placeres que la multitud acogía con estruendosas carcajadas y que, después de todo, valían más que los costosos regocijos que los han reemplazado.

Resumen de este capítulo. — El reinado de Carlos V fué una época reparadora. Al subir al trono, ese príncipe tenía que domeñar tres poderes que estorbaban la independencia de la

monarquía y la tranquilidad de Francia, á saber: el rey de Navarra, las grandes compañías y los ingleses. Como Carlos no era guerrero, se sirvió de Duguesclín contra esos tres enemigos.

I. El héroe bretón empezó por librarlo del rey de Navarra, Carlos el Malo, que había intentado apoderarse de la corona de Francia durante los desórdenes del reinado precedente. Duguesclín lo obligó á someterse, haciendo prisionero á Juan de Grailly, capta de Buch, su aliado, en la batalla de Cocherel (1364). Poco tiempo después, Carlos V puso término á la guerra de Bretaña entre los Penthièvre y los Montfort, por medio del tratado de Guérande (1365). Para librarse de las *grandes compañías*, que no eran sino bandas de aventureros, hizo que Duguesclín los llevase consigo á España para tomar partido en favor de Enrique de Trastámara contra su hermano Pedro el Cruel. Duguesclín, después de haber estado prisionero, terminó con fortuna los asuntos de Castilla, y Francia quedó libre de las terribles bandas que la devastaban.

II. Lo único que aun estaba por hacer era atacar á los ingleses. Carlos V consultó sobre ese particular á los estados generales y empezó de nuevo la guerra, en tres puntos diferentes, en el Ponthieu, la Guiena y la Picardia (1369). Se adoptó una táctica nueva, que paralizó todos los esfuerzos de los ingleses. El rey de Francia recurrió á la persuasión más bien que á la fuerza, y Duguesclín pudo apoderarse, de ese modo, de gran número de ciudades. Habiendo fallecido Eduardo III (1377), Carlos V aprovechó esa circunstancia para redoblar de actividad. Lanzó cinco ejércitos en otras tantas direcciones diferentes, y pronto no quedó á los ingleses más que Bayona, Burdeos, Brest y Calais. El valeroso Duguesclín murió el mismo año que el prudente monarca (1380). Carlos V se había ocupado con el mayor cuidado en la administración interior de su reino, fundando hospitales y protegiendo las ciencias y las letras. Bajo su gobierno adquirieron gran importancia las diversas instituciones; el estado llano, el parlamento y la Universidad empezaron entonces á intervenir en los asuntos públicos, ejerciendo considerable influencia.

CAPÍTULO VIII.

ALEMANIA, ADVENIMIENTO DE LOS HABSBURGOS. INDEPENDENCIA DE SUIZA. LA BULA DE ORO. LA HANSA (1).

Durante el interregno, Alemania es presa de la más horrible anarquía. Los señores y los nobles se ven obligados á aliarse

(1) AUTORES QUE CONSULTAR: Schmid, Kohlrausch, Luden, *Historiadores de Alemania*; Montelle, *Ensayo histórico sobre los engrandecimientos y las pérdidas de la casa de Austria desde el advenimiento de Rodolfo de Habsburgo*; *Historia de los sumos pontífices que han residido en Aviñón*, Aviñón, 1777; Maimburgo, *Historia del gran cisma de Occidente*; *Historia del concilio de Pisa*; *Historia del concilio de Constanza*; *Historia del concilio de Basilea*; todas las historias de la Iglesia.

para hacer respetar sus derechos y libertad. La más famosa de esas ligas es la *Hansa*, que protegió los intereses comerciales del norte de Alemania. La autoridad imperial fué restablecida en la persona de Rodolfo de Habsburgo; pero sus sucesores son impotentes. Suiza se separa del imperio y forma una confederación particular. Luis V comete la torpeza de separarse de la Iglesia. Carlos IV da término á ese cisma y dicta su Bula de Oro, que reglamentó la constitución del imperio; pero eso no impide que su autoridad sea muy débil, y sólo logra transmitir á sus sucesores una autoridad casi solamente nominal.

§ I. — *Del interregno. La Hansa. Advenimiento de los Habsburgos. Independencia de Suiza (1273-1328).*

Estado de Alemania durante el interregno (1250-1273). — Alemania había sido durante veintitrés años presa de la más deplorable anarquía. La autoridad imperial era no más que sombra de lo que fuera antes; los señores se habían apoderado de todos los dominios que pertenecieron á los emperadores. Como la mayor parte de esos dominios se extendían por las orillas del Rhin, los tres arzobispados de Treves, Colonia y Maguncia y el conde palatino se los apropiaron. Lo mismo ocurrió con todas las tierras imperiales diseminadas en los condados y ducados de Alemania. Las ciudades se declararon libres al mismo tiempo de los tributos que pagaban al fisco imperial, y el clero cesó de suministrar las cargas que le estaban impuestas.

Privado de autoridad y de rentas el emperador, los señores que antes dependían de él se hallaron completamente independientes, de lo cual se valieron para satisfacer sus apetitos, resultando una verdadera guerra civil, que no dejó á nadie paz ni seguridad. Gloriábanse todos de armarse, no para efectuar conquistas, sino para despojar al vecino de lo suyo, arrebatándole sus ganados y los productos de sus tierras.

El débil necesitó recurrir á la asociación para defenderse contra las violencias y rapiñas de los más fuertes. Los señores se aliaron unos con otros, y rodearon sus castillos de baluartes y torres que los convertían en verdaderas fortalezas. Las ciudades debieron formar también confederaciones ó ligas para proteger la libertad de su comercio y de su industria. Entre esas

ligas, las más importantes fueron la rhenana y la anseática.

La primera, aprobada en 1255 por Guillermo de Holanda, comprendía sesenta ciudades de las orillas del Rhin, que se habían aliado con los arzobispos de Maguncia, Colonia y Treves.

La Hansa. — La liga anseática era más importante aún. Formábanla todas las ciudades de la Alemania del Norte, de Holanda y de Flandes. Tuvo su origen en Lübeck, en 1241, y su capital fué esta ciudad. Los otros centros eran Colonia, Brunswick y Dantzig. Poseía sucursales en Londres, París, Brujas, Berghem y Novogorod. Acaparó todo el comercio del Báltico y del mar del Norte, y sus barcos remontaban todos los ríos que desembocan en esas aguas. Sus mercaderes eran señores de las pesquerías, las minas, la agricultura y la industria de todas esas regiones. De Rusia sacaban las pieles, sebos y cueros; de Polonia, miel y cereales; de Sajonia y Bohemia, minerales; de Francia y la cuenca del Rhin, vinos; de Holanda, hilados; de Flandes, paños; de Inglaterra, estaño, etc. Tenían varios depósitos donde recibían las mercancías que les llegaban del sur y del oriente, y de ese modo efectuaban por agua un inmenso comercio de importación y exportación que enriqueció á las ochenta ciudades que entraron en la liga.

Ese movimiento comercial contribuyó mucho al desarrollo de las ciudades, pero también sirvió para la emancipación de los siervos en los campos. Las cruzadas y las guerras contra los eslavos habían disminuído considerablemente la población de la Alemania septentrional. La hansa estableció en esas regiones numerosas colonias de cultivadores libres que conservaron su independencia por el trabajo.

Restablecimiento de la dignidad imperial. Rodolfo de Habsburgo (1273-1291). — Sin embargo, esa anarquía acabó por cansar á los señores, que se concertaron para nombrar un emperador. Querían un hombre prudente y resuelto á la vez que pudiera restablecer la dignidad imperial; pero no demasiado poderoso, por temor de que amenazara su independencia. Werner, arzobispo de Maguncia, les indicó

á Rodolfo de Habsburgo, cuya lealtad era proverbial. Todos lo aceptaron, y se vió salir de un oscuro rincón de Suiza, con asombro universal, al señor de Alemania. Rodolfo empezó por visitar el imperio, esforzándose en hacer reinar en él la justicia, castigando las violencias de los señores subalternos. Éstos no le presentaron resistencia; pero cuando se dirigió á los grandes feudatarios de la corona para obtener pleito-homenaje, la cosa se hizo más difícil. Ottocar, rey de Bohemia, poseía inmensos territorios que le daban grandísimo poder; así fué que cuando el emperador, antiguo mayordomo palatino suyo, le ordenó que prestara juramento de vasallaje, aquél respondió desdeñosamente: *¿ Qué quiere Rodolfo? ¿ Acaso no le he pagado su salario?* Esas ultrajantes palabras debían ser por fuerza señal de la guerra; Rodolfo cayó sobre la Bohemia con un poderoso ejército. Ottocar fué vencido en varios combates, y acabó por perder la vida en su última derrota, en Marchefeld, sobre el Morava, cerca de Viena (1278). Dejóse á sus hijos el Brandeburgo y la Bohemia; pero Austria, la Estiria, la Carniola y la marca de Viena pasaron á los herederos de Rodolfo, que de ese modo se convirtió en fundador de la casa de Austria (1282). El resto de su reinado lo empleó en reprimir las horribles exacciones de algunos señores, cuyos castillos, verdaderos asilos de bandolerismo, demolió. A pesar de los importantes servicios prestados por el soberano, se negaron los grandes á reconocerle por sucesor á su hijo, temiendo que la corona se hiciera hereditaria. Rodolfo murió en Gemersheim, en el Palatinado, á los setenta y cuatro años de edad (1291).

Adolfo de Nassau. Alberto de Austria. Impotencia de los emperadores (1291-1308). — Las grandes familias de los Habsburgos, los Nassau, Luxemburgo y Baviera, que no tenían rivales posibles, se disputaron la corona imperial. Gerardo, arzobispo de Maguncia, opuso su primo Adolfo de Nassau al partido de Alberto de Austria, hijo de Rodolfo, y logró triunfar. Pero Adolfo era príncipe sin talento, que descuidó los intereses del imperio, y descontentó á todo el mundo con sus injusticias y bajezas. Hasta su

protector, el arzobispo de Maguncia, lo abandonó; entonces los electores lo destituyeron y nombraron á Alberto (1298), quien distaba mucho de poseer las virtudes de su padre; duro y cruel por carácter, sólo se ocupó de los intereses de su familia, desdeñando los del imperio. Así fué que abandonó al rey de Francia Felipe el Hermoso sus derechos sobre el Franco Condado y otras muchas partes del antiguo reino de Borgoña, mientras él batallaba contra Holanda, la Turingia y Bohemia, procurando arrebatarse esos países á sus legítimos dueños, para darlos á personas de su familia. De todas esas injusticias sólo sacó el odio universal, de que fué al fin víctima, pues lo asesinaron á los diez años de reinar (1308).

Formación de la Confederación helvética (1307). — La confederación helvética se formó el mismo año de la muerte de Alberto I. La Suiza, que había quedado unida al imperio por efecto de la reunión del reino de Arlés á la Alemania, comprendía doscientos feudos, dependientes de la autoridad señorial, con el título de baronesados ó condados. Además, había en ella cuatro ciudades imperiales: Berna, Zurich, Friburgo y Soleure, y otras tres sometidas inmediatamente al gobierno del emperador. Eran esas los *waldstettes* de Uri, Schwitz y Unterwalden. Dícese que Alberto quiso convertir el derecho de patronato que tenía sobre esos tres cantones en derecho de soberanía absoluta. Parece que los suizos se opusieron, y entonces aquél entregó los desdichados montañeses á las insultantes exacciones de su intendente Gessler. Esa tiranía hubo de provocar la conspiración de Grutli, en que tomó parte el célebre Guillermo Tell (1). La liga que entonces se formó tuvo por jefes á Stauffacher de Uri, Walter Fürst de Schwitz y Melchtal de Unterwalden. El día de Año Nuevo de 1308 destruyeron de Suiza los conjurados á los intendentes impe-

(1) Hemos empleado aquí la forma dubitativa, porque esos hechos, contados como ciertos por todos los historiadores modernos, son rechazados en la actualidad como puramente fabulosos. Un erudito alemán, M. Kopp, ha demostrado con cartas auténticas, que nunca existió el bailío llamado Gessler. Esta observación se halla en el *Compendio* de Mœhler.

riales. Enrique VII no se opuso á la nueva organización de los tres cantones. Pero como al morir aquél se disputaran el trono Luis de Baviera y Federico de Austria, los suizos se declararon abiertamente en favor del primero. Entonces los príncipes de la familia de Habsburgo marcharon contra ellos. El duque Leopoldo, hermano de Federico, reunió un ejército de seis mil hombres, y se adelantó á través de las montañas. Los suizos sólo podían presentar enfrente mil quinientos. Pero las dificultades del terreno les sirvieron, y aprovechando un desfiladero donde habían penetrado los enemigos, los deshicieron en Morgarten (1315). Después de esa victoria, los vencedores renovaron su confederación, que Luis de Baviera aprobó (1316), y pronto la aumentaron y consolidaron nuevos cantones. Lucerna entró en ella en 1332, Zurich y Glaris en 1351, Zug y Berna en 1352, San Gall en 1405, Friburgo en 1478, Basilea, Schaffuse y Appenzel en 1501. Habiendo establecido la casa de Austria un derecho sobre el camino de Lucerna, algunos jóvenes de esta ciudad se negaron á pagarlo. El duque Leopoldo de Austria aprovechó el caso para procurar destruir la independencia de Suiza; al efecto, invadió con un ejército numeroso el territorio de Argovia, y atacó cerca de Sempach á los soldados de la confederación (1386). Éstos se defendieron valerosamente, pero ya había sucumbido gran número de ellos cuando un intrépido caballero de Unterwalden, Arnoldo de Winkelried, se sacrificó generosamente por la libertad de su país, y logró romper las filas de los austriacos, lo que causó la derrota de éstos. Esa batalla fué seguida de la victoria de Nefels (1388), que obtuvieron dos años más tarde los habitantes de Glaris. Esos triunfos produjeron la paz de Zurich, en que el duque de Austria, Alberto III, reconoció los derechos de la confederación helvética.

De la Alemania hasta la excomunión de Luis V de Baviera. Casa de Luxemburgo (1308-1323). — Al morir Alberto I, las virtudes caballerescas del conde Enrique de Luxemburgo le valieron los sufragios de los electores. Aunque su reinado fué corto, pudo sin embargo hacer apreciar la nobleza de sus

sentimientos y lo grande de su valor. Desde Conrado IV, ningún emperador había ido á Italia. Enrique VII lo hizo y tuvo la fortuna de reconciliar por un momento á güelfos y gibelinos; pero después las malas pasiones se despertaron, los odios reaparecieron y fué necesario elegir entre los dos partidos. Á ejemplo de sus predecesores, se puso del lado de los gibelinos, se apoderó de Lodi, de Cremona, y Brescia, y se dirigió á Roma, donde los legados del papa lo coronaron emperador (1312). Roberto, rey de Nápoles, y todos los güelfos, se alzaron contra él. Ya se disponía á comenzar la guerra, cuando murió súbitamente en Toscana por efecto de un enfriamiento (1313).

Después de un año de interregno, el imperio tuvo dos jefes, Luis de Baviera y Federico de Austria. Las ciudades estaban por Luis, con el arzobispo de Maguncia al frente; la nobleza sostenía á Federico, que el arzobispo de Colonia había promovido (1314). Por espacio de varios años paseó la guerra civil el hierro y el fuego por todas las provincias de Alemania, hasta que se dió en Mühldorf (Baviera) una batalla decisiva. La victoria se declaró por Luis y Federico fué hecho prisionero (1322). Ese triunfo envalentonó al hávaro, que lo aprovechó para favorecer á los gibelinos de Italia. Juan XXII le pidió cuenta de su procedery lo citó ante su tribunal. Luis apeló de ese acuerdo á un concilio general y se atrevió, en una dieta de Francfort, á hablar contra el papa, acusándolo de proteger á los herejes. Ese acto cismático le valió la excomunión (1323).

Del papado hasta el cisma de Pedro de Corbière (1303-1328). — La historia de los últimos años de Felipe el Hermoso nos ha dado á conocer el carácter de Clemente V, que fué el primero en fijar la residencia de su sede en Aviñón. Después de su muerte, la silla apostólica permaneció vacante dos años. En seguida se eligió á Santiago de Cahors, que reinó bajo el nombre de Juan XXII (1316). Defensor inflexible de los derechos de la Iglesia, entabló la lucha contra el emperador de Alemania excomulgando á Luis de Baviera, que había invadido las prerrogativas del poder espiritual. En vez de someterse, el príncipe es rodeó de doctores heréticos, entre los cuales se dis-

tinguieron Guillermo de Occam, Marsilo de Padua y varios franciscanos condenados. Apoyóse en sus doctrinas para justificarse, y pretendió, con arreglo á sus decisiones, tener el derecho de intervenir aun en los juicios dogmáticos (1324). Fundado en tales principios pasó Luis V á Italia y se hizo coronar en Roma por el prefecto Sciarra Colonna. Ese nuevo atentado le valió otra excomunión de Juan XXII, quien además lo destituyó; entonces fué cuando Luis se creyó con motivo para usar de represalias, destituyendo á su vez á Juan XXII y nombrando un antipapa; al efecto eligió, como instrumento de sus voluntades, un fraile de la orden de los mínimos, llamado Pedro de Corbière, que tomó el nombre de Nicolás ó Nicolao V (1328).

§ II. — Desde el cisma de Alemania hasta el fin del gran cisma de Occidente. La Bula de Oro (1328-1417),

Juan XXII y Luis V (1328-1334). — Luis de Baviera distaba mucho de conciliarse la estimación y confianza de sus vasallos con esos actos cismáticos. Su antipapa, Pedro de Corbière, afectaba, desde que había ceñido la tiara, lujo immoderado que hasta á sus hechuras ofuscaba, y el emperador, que cubría todos esos gastos, se vió obligado á multiplicar los impuestos. Pedro salió de Roma, donde no estaba ya seguro, y se retiró á Pisa, que por de pronto lo acogió con entusiasmo, aunque sus habitantes no tardaron en reconocer su yerro. Enviaron, pues, mensajeros al papa Juan XXII para que los perdonase, y el mismo Pedro de Corbière dió muestras evidentes de arrepentimiento. Fué en persona á Aviñón, se echó á las plantas del Santo Padre, y le suplicó llorando que lo reconciliase con Jesucristo y su Iglesia. Viéndose abandonado de ese modo por todos sus partidarios, Luis V salió vergonzosamente de Italia y se volvió á Alemania llevando consigo la multitud de falsos doctores que sin cesar lo engañaban con sus pérfidas insinuaciones. Siguiendo esos perniciosos consejos, sembró en Alemania nuevas semillas de rebelión y de cisma, y la guerra contra el papado iba á encenderse de nuevo con mayor violencia, cuando murió Juan XXII (1334).

Último periodo del reinado de Luis V (1334-1347). — Benito XI, que ocupó la silla de San Pedro inmediatamente después de Juan XXII, era un pontífice de suavidad y moderación sin límites y que, como sólo deseaba la paz, hubiera querido reconciliar á la Santa Sede con el imperio. Ya había dejado oír al príncipe humillado palabras de perdón; mas, el rey de Nápoles, Roberto el Sabio y el de Francia, Felipe de Valois, hicieron fracasar ese designio.

Entonces se reunieron por primera vez los electores cerca de Colonia sobre el Rhin (1338), con ánimo de formar una liga capaz de resistir á los enemigos del imperio. Allí declararon al poder civil independiente del espiritual, y hasta hablaron de someter la Iglesia al Estado. Luis hubiera podido sacar mucho partido de esa declaración, pero después de haber visto á los electores pronunciarse de ese modo en su favor, hirió su susceptibilidad aumentando sin cesar las posesiones de su familia. De su mujer había heredado la Holanda, la Zelanda y la Frisia. La extensión de la casa de Brandeburgo le suministró ocasión de investir á su hijo con el margraviato; más tarde le dió además el Tirol, casándolo con la heredera de ese condado. Todas esas adquisiciones sucesivas irritaron á la casa de Austria, á la de Luxemburgo y al rey de Francia. Ligáronse contra él los grandes señores, depusieronlo y eligieron en lugar suyo á Carlos, margrave de Moravia, que era hijo de Juan el Ciego, rey de Bohemia (1346).

Luis se disponía á defenderse por las armas cuando lo sorprendió la muerte en medio de sus preparativos de guerra (1347).

Fin del cisma. Reinado de Carlos IV (1347-1378). — El nuevo emperador, salido de la casa de Luxemburgo, tuvo que empezar por combatir á la casa de Baviera, que le presentó enfrente á Gunther de Schawrzburgo; pero este príncipe no estuvo á la altura de su papel, y murió poco después de su pretendida elección. Desconcertados los hijos de Luis de Baviera por dichos reveses, reconocieron sin dificultad á Carlos IV, quien, libre de competidor, se apresuró á poner término al cisma, estableciendo con Clemente VI, que siempre lo había protegido, relaciones

de buena inteligencia y de perfecta armonía. Luego efectuó una expedición á Italia. Recibió en Milán la corona de hierro y en Roma la diadema imperial, de manos de los dos cardenales que el papa Inocencio VI había enviado allá con tal fin. Pero parece que sólo fué á dicho país para perder todos sus derechos y prerrogativas, pues cedió Padua y Verona á los venecianos, renunció á su soberanía sobre la Italia central (1354), y en otro viaje que hizo al sur de los Alpes, en 1368, sacrificó las posesiones que le quedaban.

Política de Carlos IV en Alemania. La Bula de Oro. — El acto más célebre que llevó á cabo Carlos IV como emperador de Alemania fué la publicación de la constitución conocida por el nombre de *Bula de Oro* (1356). Se le dió ese nombre porque se colgó de ella un sello de oro, que por una parte representaba la efigie del fundador y por la otra el Capitolio de Roma. Esa ley constitutiva del imperio contenía treinta capítulos. Determinaba el número de electores, los puntos donde debían reunirse, sus derechos en las vacantes imperiales, el modo de elección y sus prerrogativas personales. Los electores eran siete, tres de ellos eclesiásticos, á saber, los arzobispos de Treves, de Colonia, de Maguncia, y cuatro seculares, que eran el conde palatino del Rin, el margrave de Brandeburgo, el duque de Sajonia y el rey de Bohemia. La elección debía efectuarse en Francfort sobre el Mein, y la coronación en Aquisgrán por manos del arzobispo de Colonia. El festín de la coronación debía ser servido por el rey de Bohemia, que desempeñaba las funciones de copero mayor, por el conde palatino, que era el gran senescal, por el duque de Sajonia, gran mariscal y por el margrave de Brandeburgo, gran chambelán.

La bula declaraba hereditarios y perpetuos esos electorados, y concedía á los príncipes electores el derecho de explotar las minas, de acuñar moneda y de dictar justicia sin apelación posible; en una palabra, los elevaba á la dignidad de reyes. De ese modo preparó la división de Alemania, naciendo de sus electores señores independientes y debilitando en la misma proporción la autoridad imperial, que Carlos IV era incapaz de sostener.

Ese monarca enajenó todos los feudos del imperio, y no trabajó más que en el engrandecimiento de las posesiones de su familia y por la prosperidad de Bohemia. Así fué que enriqueció á Praga con multitud de iglesias, conventos y palacios; estableció además una universidad que en poco tiempo llegó á poder rivalizar con la de París, y favoreció mucho en sus Estados las ciencias y las letras. Incorporó la Silesia, la Lusacia y la Moravia á sus dominios, y contra lo prescrito en la *Bula de Oro*, que hacía independientes á los electores, unió el Brandeburgo á su reino de Bohemia. En su lecho de muerte repartió sus Estados entre sus hijos: el mayor, Wenceslao, recibió la Bohemia y la Moravia; el segundo, Segismundo, el Brandeburgo; y Juan, el tercero, la Lusacia. Pero éste murió poco tiempo después que su padre, de modo que Wenceslao y Segismundo quedaron por únicos herederos (1).

Resumen de este capítulo. — Este período se divide en tres partes: la primera comprende la independencia de Suiza; la segunda acaba á fines del gran cisma, y la tercera nos muestra la elevación de la casa de Austria.

1. La elección de Rodolfo de Habsburgo puso término al interregno (1273). Una vez elegido, ese príncipe sometió á Ottocar de Bohemia, que se negaba á prestarle pleito-homenaje como á soberano. Fundó la casa de Austria dejando á sus hijos el Austria, la Estiria, la Carniola y la marca de Viena. Al morir, los electores habían preferido á su hijo Adolfo de Nassau, pero pronto reconocieron la incapacidad de ese príncipe y nombraron en lugar á Alberto de Austria. Mas, el reinado de éste no fué más dichoso que el del príncipe de Nassau su predecesor. Abandonó al rey de Francia sus derechos sobre el Franco Condado, y á su muerte se formó la confederación de los suizos, que Enrique VII de Luxemburgo reconoció. En la lucha que se entabló en seguida entre Luis de Baviera y Federico de Austria, los suizos se pusieron de parte del primero y ganaron sobre los príncipes de la casa de Habsburgo la batalla de Morgarten (1315). Luis de Baviera reconoció su independencia (1316) y triunfó de su competidor en Mühldorf (1322). Luego, como quisiera hacer absoluta su soberanía, no sólo en Alemania, sino también en Italia, fué depuesto por Juan XXII; pero marchó á coronarse en Roma y creó un antipapa, Pedro de Corbière, con el nombre de Nicolás V (1328).

(1) SUCESIÓN DE LOS EMPERADORES: Enrique VII de Luxemburgo (1309-1313), Luis V de Baviera (1314-1347) y Federico de Austria (1314-1330). Carlos IV de Luxemburgo (1346-1378).

II. La casa de Luxemburgo reanima la antigua lucha de los emperadores y de los papas. Luis de Baviera, que adoptó la política de Enrique VII, no tardó en sufrir el castigo que merecían esos actos inicuos. Su antipapa, Nicolás V, lo abandonó para ir á solicitar perdón del papa Juan XXII, y la opinión pública se pronunció contra él. Los electores le impiden reconciliarse con Benito XII y celosos por los donativos con que el emperador aumentaba constantemente las posesiones de su familia, lo depusieron, dando su corona al margrave de Moravia, Carlos IV, de la casa de Luxemburgo (1347). Ese nuevo emperador pone término al cisma y establece la constitución del imperio en la *Bula de Oro*; pero despoja de todas sus prerrogativas á la autoridad imperial, y sólo parece ocuparse del aumento de sus dominios.

CAPÍTULO IX.

POSTRIMERÍAS DE LA EDAD MEDIA. PRINCIPIO DEL RENACIMIENTO EN ITALIA. DANTE, GIOTTO, PETRARCA. LA PÓLVORA; LA BRÚJULA; EL PAPEL.

Antes de continuar la guerra de Cien años, nos detendremos un instante para hacer constar la situación general de Europa. La edad media se halla en sus postrimerías; la moderna va á principiar. Las señales precursoras de esa gran transformación social son los indicios del renacimiento, que empiezan por manifestarse en Italia. La literatura italiana aparece magníficamente representada por Dante y Petrarca, creadores de su poesía, y Boccaccio, que da flexibilidad á su prosa. Giotto hace marchar á las bellas artes por el mismo camino que las letras. Los inventos de la pólvora, de la brújula y del papel, son al mismo tiempo señales precursoras y causa de la gran revolución social que va á consumarse.

§ I. — *Postrimerías de la edad media. Principio del Renacimiento en Italia. Dante, Giotto, Petrarca.*

Postrimerías de la edad media. — La edad media había llegado á su apogeo en el siglo XIII, época de San Luis y de Santo Tomás de Aquino. Al mismo tiempo aparecen el rey modelo, el más magnífico representante de la monarquía cristiana, la *Suma teológica* del Ángel de las escuelas, resumen y obra maestra de la ciencia sagrada, y la Santa Capilla, que es en cierto modo la última palabra del arte gótico, padre de nuestras maravillosas catedrales. Pero á partir del siglo XIV, todos los elementos que habían consti-

tuído la grandeza de la edad media se debilitan ó desaparecen.

Al morir Bonifacio VIII el mismo poder pontificio ha sufrido terrible choque en lo tocante á su influencia temporal y espiritual. Estableciéndose en Aviñón, los papas han perdido su independencia y no siguen ejerciendo sobre las naciones la misma autoridad. Ese destierro, que se ha llamado segundo cautiverio de Babilonia, tiene por consecuencia espantoso cisma, el de Occidente, que hace mayor daño aún al papado en el espíritu de los pueblos. Al anatematizarse mutuamente, esos pontífices rivales han acostumbrado á los fieles á no prestar valor alguno á sus excomuniones.

En medio de todos esos escándalos se relaja la disciplina, y aunque aumenta el número de universidades, los estudios no son tan florecientes como lo habían sido. Los espíritus se lanzan en discusiones de intereses; estúdiase con ardor el derecho, porque es necesario para mezclarse en las disputas de la época y alcanzar la fortuna en medio de aquellos conflictos; pero se descuidan la filosofía, la teología y todas las ciencias religiosas. Confiérese á talentos estrechos y mediocres el grado de doctor; ocupan las cátedras gentes sin erudición ni entendimiento, y la enseñanza teológica se halla expuesta á perder su exactitud por la falta de conocimientos en los que la dan. Juan XXII nos revela lo profundo del mal en la bula que dictó para remediar esos abusos.

Como la fe se debilita, los espíritus menos afectos á la autoridad caen en multitud de innovaciones peligrosas. Á parte Wickliff y Juan Huss, que fueron los precursores de Lutero, la mayor parte de los doctores de entonces infringieron la ortodoxia y fueron condenados. Así Juan de París, Guillermo de Occam, Raimundo Lulio, Arnaud de Villanueva, Roger Bacon, y el mismo Pedro de Ailly, águila de la Iglesia de Francia, enseñaron doctrinas que la Iglesia censuró severamente.

En el orden civil, considerando lo que ocurre dentro de los Estados, se ve que todas las instituciones de la edad media se debilitan ó desaparecen enteramente. En Alemania, la dignidad imperial, deshecha por el